

FOTOCOPIAS DONADAS POR ANGEL GONZÁLEZ ARAÚZO.

16 de enero del 2001.

PALABRAS A LA DEMENCIA

2 jun. 38

¿Que Significa Salvar la Cultura?

Por JOSE MORENO VILLA

CREO que nadie podrá extrañarse de que un escritor dirija su pluma hoy a la Señora Demencia, dueña del mundo desde hace unos años. El escritor sabe que esta Señora no atiende a razones, no las entiende. ¿Por qué le habla entonces? En primer lugar porque él sufre el contagio de la locura general y en segundo, porque no hay otro oyente sobre la tierra.

Le dice el escritor a la Demencia, en una salida propiamente de loco: ¿Sabes lo que quiero salvar? Hay una cosa muy manoseada por los parlanchines que se llama Cultura. Esta palabra, germánica por ironía del destino, se va convirtiendo en mito. Para la mayoría es un término vago como pueden ser los vocablos ANGEL y PARAISO. Ella desconoce u olvida que significa cultivo y en cierto modo culto y que su misión consiste en sostener, aumentar y afinar los conocimientos y sentimientos humanos.

Tú, Señora Demencia, has oído decir por ahí, en los vesánicos periódicos, que se ha salvado el tesoro bibliográfico del Monasterio del Escorial. Es posible que tu desmenado espíritu no sepa bien lo que es aquel Monasterio ni por qué es tesoro su biblioteca. Enajenada por esto y lo otro, por todo eso que tú sabes, por todo eso que trae frenética a la humanidad, te suena a cosa sin importancia la salvación de un montón de libros y unas piedras puestas en orden con sabiduría.

Pero es el caso que dicho montón de libros viene a ser como un registro del pensamiento, la moral, las costumbres, los dolores y glorias y los lenguajes de un pueblo durante una porción de siglos. Por ello sabemos los españoles cómo hemos sido, cosa más importante de lo que tú crees, porque el hombre se olvida de cómo fue con mucha facilidad y necesita, para estar seguro de su paso actual, un testimonio de cómo dió el paso su progenitor.

En esos libros está la parte de hebreo, la parte de moro, la parte de romano, la parte de griego e incluso la parte de vándalo que lleva cada español en su sangre, en su piel, en su lengua y en la expresión de su mirada. Ese montón de libros es la parcela de terreno de cultivo sin el cual fallaría nuestra cultura. Para comer nuestro pan, que es nuestro ser, necesitamos de esa parcela de cultura, como de otras muchas de las cuales yo a ti, espíritu demente, espíritu de odio y destrucción, voy a ir hablándote en esta serie de pequeños artículos titulados "Palabras a la Demencia".

Aunque no me oigas, aunque no me entiendas, aunque vuelvas el rostro con sorna, aunque te consideres muy emperatriz y por encima de nosotros los pobres encargados de limpiar la telaraña del libro y de reponer el arbotante de una iglesia, te diré una y cien veces

que quiero salvar a mi Alfonso X, a mis matemáticos califales, a mis cuentistas sarracenos, a mis gramáticos latinos, a mi San Isidro y Juan de Valdés lo mismo que a mi Torquemada. Todos ellos son España y todos ellos seguirán siendo España.

Las piedras que en admirable sabiduría forman el Monasterio fueron antes grandes peñascos amorfos del suelo de España y concretamente del suelo del Escorial, sitio desértico un día. Nuestro Felipe II, que odiado o querido será siempre nuestro, las arrancó de la sierra española y, dándoles forma, que es cultura, asentólas para siempre dejándonos una de las obras hispánicas más elocuentes y admirables.

Estas piedras son hoy todavía una lección de arquitectura, una lección de serena belleza, de estabilidad, de grandiosidad y de sobriedad. He recorrido todo el ámbito que ellas forman, paseado por sus cornisas, trepado por el exterior de su cúpula con uno de esos locos razonables que tú conoces, el arquitecto Le Corbusier, y él, tan detractor de lo antiguo, no paró un momento de apreciar y elogiar el sentido y la solución de la obra. El orden de estas piedras no es alcanzable para la juventud. Esta lo considera sinónimo de frialdad. Tú, Señora Demencia, ¿cómo lo miras? Es trabajo de cultura y sólo con cultura se entiende. Sólo después de haber digerido y eliminado todo barroquismo, todo romanticismo, y ¿por qué no decirlo?, toda exasperación, se llega a saborear la razón de lo limpio, lo razonable, lo encajado y lo justo.

Fíjate, Demencia, a qué términos tan extraños para ti nos conduce esta obra. Ella no es más que un organismo pétreo, es decir, un cuerpo de piedra cuyos miembros están perfectamente organizados. Pero, al fin, piedra. ¿No te parece raro que la piedra hable de esos conceptos tan propios del lenguaje hablado? ¿No te sorprende su lección de sentido común?

10

To

120

C/

13

En busca de esto, nada más, creo que deberíamos ir hoy. Ahora ya no hablo contigo, Demencia, porque quiero suspender el tono enfático que tú me exiges. Ahora, el escritor, al pensar en el sentido común, te barra y hace desaparecer. Se queda solo y habla con la Nada, seguro de que la Nada le entiende mejor que la Demencia. Resucita en su memoria todo lo aplastado y aniquilado en esta hora cruel y descabellada, la que veía venir desde hace algunos años. El escritor quiso un día dar a la prensa una serie de columnas que pensaba llamar "Hacia la gran ignorancia". Le pareció muy duro el tema y lo escribió por el campo se reducía a la nación española. Hoy lamenta no haber abordado aquel otro que abarcaba más territorio físico y espiritual. En él no sólo se señalaba el síntoma fatal de la pérdida del sentido común, sino que se auguraba el hundimiento en la ignorancia,

en una nueva barbarie o serrazón medioeval. La barbarie la estamos viendo. Es física, aunque también moral. Y la serrazón, aunque más difícil de ver, también es notoria. El mundo se debate por dos ideales distintos, por dos ideales simples, y es tan poderosa la atmósfera creada por ellos que apenas queda un espíritu libre de la locura general.

Esos uno, esos pocos unos que quedan, tienen sobre sí una gran tarea humanitaria; la de sostener la cultura, que es cultivo, y es culto el producto humano de alta calidad.

J. MORENO VILLA

México, 22 mayo 1968.

PALABRAS A LA DEMENCIA

La Mentira, Nuevo Angel

Por José Moreno VILLA

Al comienzo de la tragedia española un jefe de Gabinete se opuso a toda acción de propaganda. Sin embargo, que claudicar y atenerse a la ley de estos tiempos, que es ley de Demencia.

Una propaganda honrada o veraz es perfectamente legítima, aun dando por supuesto que, en tiempos de pasión y de combate, las cañas se vuelven lanzas, o sea, que se principia exagerando y se acaba mintiendo. Esto ha ocurrido siempre en mayor o menor escala. Pero en estos tiempos de Demencia se ha montado un mecanismo formidable para mentir deliberadamente y para desleal y calumniar sin reparo.

Excuso decir que el sistema no es español. Huele a metello imperialista.

La Demencia ha creado en nuestros días un nuevo Ministerio del Aire cuyo emisario mayor es la mentira. Este ángel siniestro se encarga de afligir a la humanidad. Su naturaleza engélica le permite llegar en un instante a cualquier rincón del universo y con su soplo de micrófono herir a la madre anhelante y a la novia que espera, destantar al hombre de negocios, descarriar a la opinión pública, exasperar al político hipersensible y crear en las alturas gubernamentales y en los varios estratos de la sociedad sentimientos malsanos benchidos de hostilidades.

La Mentira, ángel de la Demencia, ha quebrado el mundo actual en dos mitades y desde el momento en que infló con su mentira uno de los hemisferios, tuvo que manifestarse el otro con los abultamientos o falsedades equivalentes. La técnica de la mentira ha ido creciendo desmesuradamente sobre las sábanas de la prensa y, el público, cada día más entrenado o "en forma" para captar falsedades se desvive por los engaños como el espectador de toros se desvive por la suerte de los toros.

Pero, "se han de prolongar los días y toda visión desaparecerá." Este refrán judío que transcribe Ezequiel, es lo único que puede consolarnos hoy por hoy. Contra las visiones falsas, las seguridades sin fundamento, y en general las palabras vana, no podemos oponer otra cosa más eficaz que esa fe proclamada en el axioma: "se han de prolongar los días y toda visión desaparecerá".

Como las situaciones sociales,

desde que apuntó la humanidad su presencia en la historia, se parecen unas a otras alternativa-mente, no pueden sorprendernos ni ese refrán ni las palabras siguientes atribuidas a Jehová por el mismo Ezequiel: "y será mi mano contra los profetas que ven vanidad y adivinan mentira; no serán en la congregación de mi pueblo, ni serán escritos en el Libro de Israel, ni a la tierra de Israel volverán."

Estos falsos profetas que irritaron a Jehová hace dos mil años, por lo menos, son los voceros actuales situados en las distintas agencias del globo bajo el mando del ángel de la mentira. Todos los conocemos. Durante la guerra europea de 1914, el público en general los miraba con una invencible repugnancia, como propagandistas a sueldo que eran. También entonces se dividió en dos la familia humana y ambas mitades se contemplaban con desconfianza o con odio. Pero la Demencia no se había apoderado todavía del mundo en el grado que hoy. Hoy no queda rincón de aldea sin un letrero de odio estampado con brocha inhábil en cualquiera pared descascarillada. Todavía recuerdo la emoción que me produjo ver un "Muera Franco" en un humildísimo poblado entre Cuernavaca y Cacahuamilpa, recién llegado de España. Aquel grito anónimo pudo ir acompañada

do de un "¡Viva!", que desde luego llevaba implícito. Un "Viva" a la República. Pero la voz anónima creyó haberlo dicho todo expresando su odio. Y es que el odio se nos agarró como pulpo a las paredes del corazón. Ahora es cuando empezamos a darnos cuenta. Me escriben de Francia que se está formando allá un grupo con individuos refractarios a este morbo, los cuales ostentan en el ojal de la chaqueta un botón con las iniciales, S. H. (Sains Haine), esto es, "Sin Odio."

Tal agrupación podrá quedarse en nada, podrá desvanecerse en unos meses, pero no dejará de ser un síntoma de interés.

El odio de hoy no desaparecerá mientras no se vaporice el funesto ángel de la mentira, animador de la guerra; mientras no se caigan muchos velos que tenemos ante los ojos tejidos por palabras vanas y visiones engañosas; mientras no recuperemos, en suma, la normalidad en lo íntimo de nuestra mollera y en lo íntimo

de nuestro sentimiento.

El ángel de la mentira nos llama rojos a los que no lo somos. Verdad es que también nos llama leales, sin duda por no haber caído en la cuenta de que al llamarnos así nos elogia y, de camino, echa sobre el adversario tácticamente el calificativo de desleal. Y es que la mentira acaba por embrollarse, como hija de la Demencia que es.

La mentira ha conseguido sembrar la confusión de todos los valores. Este es el efecto moral más deprimente que le debemos. Como resultado de su trabajo nadie sabe hoy claramente lo que son los españoles de uno y otro bando. Porque sostener que los adictos al Gobierno son rojos es una paparrucha tan grotesca como sostener que todos los apegados a Franco son fascistas. Poco antes de estallar la revolución los grupos comunistas y fascistas eran insignificantes, y sin embargo la España total estaba ya partida en dos.

Y es igualmente grotesco volcar sobre los leales todos los crímenes y el afán destructivo y el odio a la tradición cuando sabemos las tropelías cometidas por los ejércitos invasores, la destrucción de ciudades abiertas, por manos que no siendo españolas están al servicio de los rebeldes.

PALABRAS A LA DEMENCIA

EL ENSAYISMO

"El Popular"

Por JOSE MORENO VILLA

23 de junio

A principio de siglo comenzó a usarse en España la palabra "ensayo" para ciertos trabajos literarios. Como todo neologismo, fue mal acogido al principio. Provenía del inglés ("essay"), y los ingleses han sido los grandes ensayistas.

Por entonces escribió Pío Baroja su novela "Ensayos y Mixtificaciones de Silvestre Paradox" y por entonces también escribió sus "Ensayos" Don Miguel de Unamuno. El ensayismo en literatura se apoderó de España vertiginosamente. Hicieron ensayos Eugenio D'Ors, Pío de Ayala, Maestu, Madariaga, Azúa, Ortega y Gasset y otros muchos.

Pero el ensayismo no se redujo a la literatura, ni se circunscribió a la península ibérica. Invadió casi todos los campos de la actividad humana. Ensayos agrícolas, ensayos de laboratorio, ensayos de armamentos, ensayos de pintura, ensayos de arquitectura, ensayos de filosofía y de política social.

Muchos de estos ensayos dieron como resultado un fruto parecido a esos que pregonan por las calles de México un pobre mercader: "Oro podrido y brillantes apollillados". Pero otros han dado resultados mucho peores, resultados trágicos, verdaderamente macabros. El caso de España es de estos últimos.

Que el fisiólogo ensaye en su cochinitillo de Indias, que Picasso ensaye en el cuerpo de la pintura o Lecorbussier en el cuerpo de la arquitectura podrá irritar o enojar a la inglesa protectora de animales, o a los partidarios de la inmutabilidad de las artes plásticas, pero los ensayos de unos y de otros no afectarán cruentamente al cuerpo social. Una sinfonía de Stravinsky podrá, a lo sumo, alejar de la sala de conciertos al oyente, pero no le perseguirá hasta su casa ni destruirá ésta como un obús, que es lo que ocurre hoy con los ensayos sociales del imperialismo.

Vemos, pues, que el ensayo, como otras muchas cosas en la vida, no es indiferente aplicarlo a esto o aquello, a tontas y a locas. Y que, sobre todo, al convertirse en ensayismo casi se convierte en locura como la mayor parte de los "ismos". Me refiero a los "ismos" de última hora.

La locura ensayística es otra forma de la demencia universal de hoy. Si por un lado es preciso reconocer la ferocidad del ensayo por otro vemos que trae fatales consecuencias. Pensemos que el ensayista es, por esencia un aventurero, en cuanto que se lanza en busca de un bien o de un tesoro escondido. Mientras no afecta con sus manipulaciones o teorías al prójimo no ofrece peligro. Por esto la responsabilidad de un ensayista o aventurero del arte no es igual que la responsabilidad de un ensayista o aventurero en política. El arte, y todo lo que ocurre dentro de su ámbito, sólo afecta al espíritu, mientras la política y todo lo que trae consigo repercute en lo material e incluso en la carne humana. Durante mi infancia, y algo más, la gente, o lo que hoy se llama pueblo, huyó de la política y en este miedo a la política nos formamos los de mi edad. Después vinieron otros tiempos en que huir de ella era como renunciar a la propia existencia. Y así, poco a poco la política llegó a sustituir a los más altos intereses humanos. Todo individuo al encontrar a un semejante se veía en la necesidad de hablar de política después de un "cómo está o cómo le ha pasado". Y era que la política se había, ~~como siempre~~ desnudado ante el público y hecho ver a éste que de ella dependía todo el bienestar durante la vida. Su influjo llegó a los últimos rincones del país. El más humilde o ignorante labriego se vio enrolado, lo mismo que el ricachón, en un partido o por lo menos, en una "simpatía". Hemos llegado a lo que se llama politicismo integral del cual había de salir el monstruo llamado "guerra totalitaria". Nadie quedaba fuera, ni nadie podía pensar en otra cosa. El ambiente se hizo cada vez más tenso y más coactivo. Detrás de cada tesis social latía una masa dispuesta a imponerla. Y llegó la hora de los ensayos en el cuerpo nacional. Rusia se había lanzado a fondo. Italia reaccionó y produjo su "ismo". Pasan años y, un mal día, un día tristemente histórico, el ensayismo italiano y el ensayismo alemán caen sobre España, so pretexto de que el ensayismo ruso iba a ganarles por la mano. Los ensayistas practican la táctica de "madrugar". La España republicana no se daba cuenta de que tenía en su seno tales madrugadores ensayistas. Y...

Ya lo vemos... Ahí está el cuerpo de España, abierto en canal, pisoteado y vejado por botas extranjeras. En sus entrañas están ensayando las naciones opresoras la eficacia de sus armamentos nuevos. Mientras el coro de las otras naciones asiste al ensayo sanguinolento como alumnos, en un quirófano sin querer pensar en la justicia por miedo a la injusticia.

POLITICA Y GUERRA

A L'HORA DE L'HORA

Por JOSE MORENO VILLA

Aunque las licencias literarias están fuera de uso voy a permitirme una. Es una licencia romántica, que el romanticismo tomó a su vez de la Edad Media. Consiste en personificar los conceptos, o sea, en presentar como personajes de carne y hueso a las ideas. Tales como el Amor, la Muerte o la Amistad.

Hoy, los conceptos "Política" y "Guerra" han tomado tal relieve, ocupan tanto la atención pública llenándola de zozobra que, querramos o no, tenemos que considerarlo como personajes dotados de un descomunal poder absorbente.

Nadie se saba de los tentáculos o de la garras de uno y otro. La "Política" es por naturaleza propia un ser tentacular, pulposo, escuriéndose y a la vez captador y esclavizador. La "Guerra", por el contrario es un ser estrechísimo, espectacular y sin márgenes.

Ambos coinciden, sin embargo, en un punto: en que captan y esclavizan al enemigo. Precisamente por este punto de coincidencia, o por este apetito común a entrambas es por lo que ahora sostienen el desafío que todos presenciarnos con intranquilidad, descando en el fondo que acaben por exterminarse mutuamente. La vida humana, sencillamente humana, va siendo imposible bajo el imperio de estas fuerzas acaparadoras, egoístas que nos privan de un momento de libertad.

Quien, a pesar de todo consigue extraerse de la tolva,

para ver el desafío de estos dos personajes, puede notar fácilmente, que después de estallado el conflicto español, la Política y la Guerra sostienen el duelo con meros ataques de tanteo, fintas de pase como se dice en esgrima. O, valiéndonos de términos y giros mexicanos y españoles, que "a l'hora de l'hora" todo se queda en humo de paja o en agua de cerrañas. A l'hora de l'hora se raja Francia, se raja Inglaterra, se raja el Duce, o se raja Hitler.

No sé dónde, o en qué se barbá este bufo dramático desafío, ni este alternativo rajamiento de los contendientes. Pero uno ve, que a fuerza de rajarse figurativamente, se cuartejan o rajan de verdad. Que la Política va sumiéndose en el desecamiento y que la Guerra enseña las infameces del "bluf".

A esto nos ha conducido el espíritu totalitario. Esta locura de empeñarse en que todos los hombres, mujeres, niños y ancianos, analfabetos e intelectuales, labriegos y beatas, frailes y afeminados, orates o sensatos participen en la Política y en la Guerra.

Reparad un poco en esto: los contendientes del duelo bufo-trágico están constituidos por elementos tan dispares como los que acaba de citar. Decidme si con elementos tan heterogéneos puede conseguirse algo sensato. La beata pone en la diestra de la Política un pesado crucifijo, el labriego, una hoz, el intelectual, un libro, el analfabeto la rutina y la desconfianza, el afeminado, su espí-

ritu quebradizo y el loco, los boquetés de los tornillos perdidos. Justo será que la Política, a l'hora de l'hora, claudique y que la Guerra tenga que hacer otro tanto.

¿Cuándo, cuándo reaparecerán los días en que vuelva a estar en vigor la sentencia: "Zapatero, a tus zapatos!"? Frase antitotalitaria, frase llena de sentido común.

Hoy, con esta absorción política, nadie está en lo suyo y, en consecuencia, todos pecamos, porque hacemos los trabajos propios con descuido y prisa y participamos en la obra pública sin dotes ni conocimientos, sin facultades ni experiencias.

A l'hora de l'hora nadie está en lo que debe. En épocas normales, hablaban de política el profesional y el barbero, pero hoy habla el chaurifur mientras vamos rizando las peligrosas curvas de las montañas, y el cura, mientras los feligreses tratan de poner a salvo sus almas en el recogimiento fe-

ligioso, y el militar, mientras espera sentado la hora de las armas, el banquero mientras repasa los ingresos y salidas y hasta el torero cuando dedica su brindis.

Y si hablan de política, no lo hacen en tono equilibrado sino a gritos, con manoteos guerreros, con el espíritu de odio y de destrucción que es previo a la guerra.

Mientras tanto, los pueblos pierden sus tierras y los hombres pierden sus vidas y los Estados pierden sus ahorros. Diréis que pinto un cuadro apocalíptico. No lo pinto, lo fotografío.

México
"El Popular"
19 Oct 38

EL ENCANTO DE LA FILOSOFIA

[Oyendo al Doctor Gaos]

Por JOSE MORENO VILLA

El hecho de ser compatriota y amigo del conferenciante no es obstáculo para este artículo. Entre otras razones porque no voy a comentar su capacidad filosófica, la trascendencia de su pensamiento, ni los matices que en él haya impreso la vida recién vivida. Voy a otra cosa.

Voy a fijarme en algo que ya noté al oír a otros españoles dedicados a la especulación mental. Voy a detenerme y deteneros un momento ante el fenómeno moderno del deleite producido en las asambleas por la explicación de temas filosóficos.

Hace cuarenta años, todo el mundo huía de estos profesores. Fue preciso que Ortega y Gasset viniera al mundo intelectual de España para que se despertase el apetito de oír o seguir en su curso el pensamiento de un hombre. Después, y debido a su influjo, vinieron otros. Entre ellos, el profesor Gaos. Se niega o negaba en España que la mente de Ortega hiciera adeptos, o que sus ideas sirviesen de algo, o prendiesen en la conciencia española. Yo no voy a discutir esto ahora, ni aquí. Ayudo a Ortega porque ha sido el despertador del fenómeno que en estos días puede comprobar todo mexicano oyendo al rector de la Universidad de Madrid.

¿Qué clase de deleite, fascinación o encanto es el que produce la buena explicación o exploración filosófica? Por

que se trata de un verdadero encantamiento, más que de otra cosa. Si nos fijamos en las gentes que acuden a tales conferencias, veremos que muchas de ellas ni son profesionales de la filosofía; ni ensayos ratos de ocio son capaces de sumergirse en los senos de un libro mediantemente apesadumbrado. A ellas acuden literatos, damas frías, jóvenes snobs, pintores, militares, comerciantes, agentes de negocio, rancheros y pobretones, estudiantes y vagos. Es, sin duda alguna, el público heterogéneo que asiste a una función teatral, no el que asiste a una clase. Y aquí hemos tocado probablemente con el nervio de la cuestión. El deleite que producen las conferencias modernas de filosofía se parece mucho al que producen las obras teatrales, dicho sea sin ánimo de rebajar u ofender a los filósofos y muchos a mi buen amigo el doctor Gaos. No escribo en tono de chiste. Si el adjetivo "teatral" es molesto, lo retiro. Después de todo no era más que un índice o puntero para lo que sigue. Borremos lo de teatro y pensemos en el cine. Una buena conferencia filosófica tiene mucho de una buena película. Al fin y al cabo "cine" equivale a movimiento, movimiento progresivo y lógico de las imágenes. Y "pensar" es también movimiento, movimiento progresivo y lógico de las ideas, de los conceptos.

Habréis advertido que, en sí mismo, es inútil preguntar por lo que ha dicho el conferenciante a un amigo que ha escuchado la conferencia. Esto depende principalmente de la rigurosa fijación de los fines conceptos, pero también de que no se va a ella con la paciencia firme de captar el fondo, y los por menores de discurso, sino para dejarse llevar y cosquillear el intelecto con el desfile preciosamente ordenado de las ideas. Idéntico deleite o encanto que percibimos al escuchar los enrevesados versos de Calderón imposibles de entender a vueja voz, e idéntica fascinación que la sentida al ver en perfecta marcha o parada el cuerpo de ejército.

Diréis que esto es mirar frívolamente un acto de importancia. Pero yo contesto que a lo sumo, es mirar lo frívolo que hay en las conferencias. Y, sobre todo, es algo más sencillo e inofensivo: es equiparar con el encanto del cine el encanto del pensar.

Maravilloso juego es el efecto el manejo riguroso de las ideas. Creo firmemente que ningún tema es hoy tan ameno para tratarse en conferencia como un tema filosófico. Quien hable de literatura o de arte, a pesar de tener ejemplos líricos, recitables, o ejemplos gráficos, proyectables, no consigue tanto efectos como el filósofo, que no cuenta más que con el sentido de las palabras. Agarrar una de éstas, descortezarla,

mostrar su semilla o semillas y con esta operación descubrir horizontes y relaciones ocultas es un encantador juego, no de manos, sino de inteligencia. Si a esto se añade una buena voz, bien timbrada y una pronunciación lenta y clara los efectos son inmediatos.

Pero hay algo más todavía a favor de los filósofos. Y es que las palabras objetos de su examen son las que más pueden interesar al hombre. Son, por decirlo así, las palabras más gordas o importantes de la vida, al mismo tiempo que las más delgadas, sutiles e inmateriales. Tales como VIDA, AMOR, SOBERBIA, VERDAD, REALIDAD, ABYECCION.

90 Popular
28 oct 38